

BIBLIOTECA SELECTA

EL RIGOR de las DESDICHAS

45



RAMON SOPENA EDITOR PROVENZA 93-97 BARCELONA



00037881

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

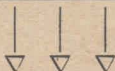
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 21 de Septiembre de 1925
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
PASCUAL LLÓPEZ

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBR.,
Scio. Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

F. CABAÑAS VENTURA

29149



PEDRO GARCA
Bs. Aires
Florida 371 - Suc. Córdoba 2299

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

I

Finalizaba el mes de septiembre del año 1572.

Por una de las carreteras poco cuidadas que, durante el reinado del católico rey don Felipe II, ponían en comunicación a los pueblos de España con la metrópoli, caminaba a pie un joven de unos veinte años de edad, en cuyo rostro, completamente rasurado, advertíanse las huellas de un dolor profundo.

De sus hombros pendía un manteo estudiantil que, a juzgar por la calidad de la tela de que estaba confeccionado, debió ser prenda valiosa cuando nueva, pero que, a la sazón, revelaba, por su deterioro, la situación precaria de su dueño.

Aunque estaba empezando el otoño, la tarde era fría y nebulosa, y un vientecillo sutil arran-

caba las hojas, ya amarillas, de los árboles para depositarlas en las cunetas del camino, después de haberlas hecho recorrer largas distancias, envueltas en una nube de polvo.

Abrumado por el peso de un paquete que, bajo el manto, llevaba en la mano derecha, o rendido acaso por lo largo de la jornada, el mozo avanzaba menos de lo que su deseo pretendía, pero fácilmente se echaba de ver que tenía prisa por llegar al término de su viaje.

De vez en cuando, dejaba el paquete en tierra, contemplaba su deteriorado traje, exhalaba un suspiro, y, cogiendo de nuevo su pesado fardo, reanudaba la marcha, al principio con ligereza, y más lentamente después.

Al pasar por delante de algunas alquerías, le ladraban los perros, y en más de una ocasión vióse obligado a soportar las pullas de los peatones que se cruzaban con él en el camino, para evitar una pendencia.

Sin embargo, el aspecto del joven no tenía nada de repulsivo ni de ridículo; antes, por lo contrario, más inspiraba compasión que risa su figura, a pesar del deterioro de su indumentaria.

—Reíd, bellacos; reíd, si os place — decía, volviendo la cabeza hacia atrás para contemplar a los insolentes que habían osado hacerle objeto de sus burlas, cuando éstos habían ya pasado—. ¡Rogad a Dios que no os vuelva a encontrar en mi camino, porque, si tal cosa ocurriese, sabríais, a costa

de vuestro pellejo, que nadie se burla impunemente de don Carlos Pantoja del Pulgar!

E, irritado por esta ligera contrariedad, olvidaba su fatiga y avivaba el paso que, pocos momentos después, y sin que él mismo lo advirtiera, acertaba poco a poco.

Avanzaba la tarde. El sol, próximo ya a desaparecer en el límite del horizonte, enviaba sus últimos rayos a la tierra a través de las nubes que, de vez en cuando, lo ocultaban por completo.

De pronto, el sonido de las campanas de la iglesia de una aldea cercana llegó a los oídos del fatigado caminante, y éste se detuvo con expresión manifiesta de desaliento.

—¡ Ay ! — exclamó—. ¡ Así debieron sonar, lenta y tristemente, todas las campanas de los pueblos próximos al castillo de los Pantojas cuando mi santa madre subió al Cielo ! ¡ Madre mía, madre mía, ruega a Dios que no abandone a tu infortunado hijo !

Y, hecha esta piadosa invocación, apartóse a un lado de la carretera y sentóse sobre la hierba seca que en abundancia había en aquel sitio, a la sazón desierto.

No duró, empero, mucho rato la soledad del joven, pues a poco vió venir hacia él a dos garri-das mozas, cuya alegre e incesante plática, desenvoltura y resolución revelaban claramente que nada tenían que temer.

Llevaba la una, colgada de su brazo, una vi-

huela, cuya vista hizo olvidar sin duda al joven don Carlos Pantoja sus preocupaciones y su cansancio, pues, poniéndose en pie, se apresuró a salir al encuentro de las mozas.

—Si sois tan amables como bellas, señoras mías — les dijo el joven—, no neguéis a un estudiante que regresa de Salamanca el placer de acompañaros...

—Haced lo que os plazca, señor estudiante — repuso una de las mozas—; pero... no vamos solas.

—Sí — replicó el joven, sonriéndose—, ya veo que os acompaña... una vihuela.

—Nos acompaña Dios — rectificó enérgicamente la más decidida de las muchachas.

—Cierto — confirmó don Carlos—; Dios acompaña siempre a todas sus criaturas en las peregrinaciones por el mundo; pero Dios no se opone a que os haga también compañía un mozo honrado que desea servirlos.

—¡Ah! — exclamó la interlocutora riéndose a carcajadas—. Pues, si Dios no se opone... podéis escoltarnos, señor estudiante.

—Pero decidnos — interrogó la compañera de la que acababa de hablar—: ¿cómo es que viajáis a pie y sin equipaje?

—Viajo a pie — replicó el estudiante — porque no he encontrado una caballería que quiera soportar sobre sí el peso de mi persona. En cuanto al equipaje...

—¡Bah! — apresuróse a decir la moza de la vihuela al advertir que el joven se interrumpía, lleno de confusión—. ¡No os avergoncéis por carecer de equipaje! Los estudiantes no suelen nadar en la abundancia y, con tal que tengáis la conciencia tranquila, podéis consideraros dichoso.

—La conciencia nada me reprocha; pero no soy dichoso.

—¿Cómo puede ser eso? — preguntó una de las mozas—. ¿Cuál es la causa de vuestra infelicidad?

—Es muy larga de contar, y ahora no es ocasión a propósito para hacer confidencias — contestó el estudiante—; pero os prometo satisfacer vuestra curiosidad en otra ocasión, si vosotras me complacéis hoy.

—¿En qué hemos de complaceros? — dijeron a un tiempo las dos jóvenes.

—Puesto que lleváis una vihuela, debéis saber tocarla. Venid, apartémonos un poco del camino, sentémonos un rato y, mientras descansamos, ejecutad alguna de vuestras piezas favoritas.

Y, ya fuera por descansar, ya exclusivamente por dar gusto al estudiante, los tres viajeros separáronse de la carretera y, después de haber tomado asiento sobre un montículo, la que llevaba la vihuela la empezó a tañer, pero con tanta maestría, que don Carlos la escuchó embelesado.

Cuando los tres jóvenes hubieron descansado un rato de su larga caminata, Rosalía, que así se llamaba la moza de la vihuela, cesó de tocar y,



...empezó a tañer, pero con tanta maestría, que don Carlos la escuchó embelesado. (Pág. 9.)

poniéndose de pie, dió la señal de reanudar el viaje.

Su compañera, llamada Lucía, y el estudiante don Carlos, la imitaron, y, momentos después, los tres jóvenes, olvidando sus respectivas amarguras, caminaban en dirección al pueblo próximo, mientras conversaban con la animación y jovialidad propias de sus verdes años.

II

Gran animación había aquella noche en la posada de maese Pedro, a quien no fué fácil acomodar a Rosalía, a Lucía y a don Carlos, cuando éstos se presentaron solicitando hospedaje.

—Realmente — dijo maese Pedro a los recién llegados — no debía admitir esta noche más huéspedes en mi casa, porque están ocupados todos los aposentos; pero, como es una obra de misericordia dar posada al peregrino, si sus señorías no son muy exigentes, podrán descansar aquí.

—¡Exigentes!—exclamó el estudiante—. Todo lo contrario. Nuestra bolsa no está muy repleta, y cuanto más económico sea el albergue que nos proporcionéis, más fácilmente lo podremos pagar.

—En ese caso — agregó maese Pedro—, uno de mis criados dormirá en la cocina, y estas dos jóvenes se acomodarán en la habitación de él. Tiene llave y pueden encerrarse para que nadie las moleste.

—Perfectamente, señor posadero — dijeron Rosalía y su compañera.

—En cuanto a vos, señor estudiante — prosiguió maese Pedro—, tendrá que compartir el lecho con otro muchacho, que tampoco puede pagar mucho y que agradecerá que se le proporcione ocasión de economizar algo.

—No me agrada mucho dormir con una persona desconocida; pero, si me respondéis de su honradez y no hay otro recurso, me resigno—respondió don Carlos.

Y, resuelta de este modo la dificultad, los recién llegados tomaron asiento en la sala principal de la posada para distraerse conversando con los demás huéspedes, mientras maese Pedro les preparaba la cena que le habían encargado.

Rosalía, Lucía y el estudiante pusieronse junto a una mesa, al lado de la cual sólo había un caballero, capitán de las tropas del Rey, que les acogió con benévola sonrisa y que, lejos de incomodarse porque se permitieran la libertad de hacerle compañía, les invitó a beber una jarra de vino.

No era rara en aquellos tiempos la franca cordialidad con que solían acogerse, unos a otros,

los viajeros que se detenían a pernoctar en las posadas ; pero, en este caso, contribuyó mucho al amistoso recibimiento que dispensó el capitán a los tres recién llegados la observación que había hecho de que Rosalía llevaba una vihuela.

Sin duda, el capitán debía ser hombre jovial y se proponía pasar alegremente el rato oyendo a la joven tocar algunas piezas.

Así es que, apenas hubieron cruzado las primeras palabras, dijo el capitán :

—Sin duda, joven, debéis ser muy entusiasta del divino arte de la música, cuando, a juzgar por lo que se ve, os ponéis en camino sin más equipaje que una vihuela.

—Mi viaje es muy corto, señor capitán — repuso Rosalía—, y, si no me hubiese entretenido en el trayecto más de una vez, ya habría llegado al término. Pero, como me faltan algunas leguas que andar y no me gusta hacerlo de noche, me he detenido en esta posada para evitar el peligro de un mal encuentro.

—Lo cual no es inconveniente — objetó el militar — para que nos deleitéis tocando la vihuela, mientras maese Pedro nos prepara la cena. Así se pasará más alegremente el tiempo.

—Lo siento mucho — replicó la joven— ; pero no os puedo complacer.

—¡ Oh ! — exclamó el capitán—. Me enojaré con vos, y ésta es cosa que debéis evitar, porque,

cuando me enfado, pierdo el juicio y me pongo furioso.

—Si ese caso llegara, tocaría la vihuela — dijo Rosalía, sonriéndose ; y, como los circunstantes se miraran unos a otros, sorprendidos del extraño proceder de la joven, ésta agregó— : Sí ; tocaría la vihuela para aplacar vuestra furia.

—¿Y creéis que lo conseguiríais? — interrogó el capitán.

—Sin duda alguna — afirmó Rosalía—, porque la música domestica las fieras.

El capitán, el estudiante y Lucía prorrumpieron en una carcajada al oír el epigrama de su compañera ; pero, después, temeroso don Carlos de que la amistosa conversación que sostenían con el caballero oficial degenerase en reyerta, levantóse, cogió la vihuela que Rosalía había dejado sobre una silla próxima y, presentándosela a su dueña, le dijo :

—Vamos, sed complaciente, y recread nuestros oídos mientras maese Pedro concluye de preparar nuestra modesta refacción.

Rosalía accedió y, cogiendo su instrumento, ejecutó algunas piezas que tuvieron la virtud de congregar en torno de la habilidosa joven a casi todos los huéspedes que había en la posada.

A este concierto improvisado pusieron término los criados de la hospedería empezando a tender los manteles sobre las mesas y a servir las viandas que maese Pedro había hecho condimentar.



...cogió la vihuela que Rosalía había dejado
sobre una silla... (Pág. 14.)

III

Cuando el estudiante, el capitán, Rosalía y su compañera hubieron cenado, las dos muchachas manifestaron deseos de retirarse a descansar; pero el militar, a quien la compañía le era muy grata, pretendió retenerlas.

—No, no, señor capitán — dijo Rosalía—. Hemos de madrugar, y no podríamos hacerlo si nos acostáramos tarde. Además, nos estamos cayendo de sueño, y nada tenemos que decirnos.

—¿Lo creéis así? — preguntó el militar.

—Al menos que el señor don Carlos no nos cuente su historia, que, según ha indicado, es muy interesante.

—No he dicho semejante cosa — rectificó el estudiante.

—Cierto — confirmó Lucía—. No habéis pronunciado esas palabras; pero nos habéis dado a entender que sufríais grandes amarguras, y éstas siempre tienen interés...

—En efecto, el infortunio parece perseguirme... Creo que soy, como vulgarmente se dice, el rigor de las desdichas.



A los criados que me acompañaban les dieron una buena paliza. (Pág. 20.)

—¡Vamos, no exageréis, señor estudiante! — dijo el capitán con una sonrisa de incredulidad.

—No hay exageración en lo que digo. Seguramente, si ocurriese esta noche aquí alguna desgracia, yo sería la víctima — insistió don Carlos.

—¿Qué desgracia podría ocurrir? — preguntó Rosalía, alarmada.

—Vaya, señor estudiante—agregó el capitán—, no asustéis a estas mozas con vuestros tétricos presagios. Aquí no puede ocurrir desgracia alguna.

—¡Dios lo haga! — repuso don Carlos.

—Pero, al fin — insistió Rosalía—, ¿no nos decís cuál es la causa de vuestro duelo?

—La primera y principal — contestó don Carlos — es la de haber sabido en Salamanca, de donde vengo, la muerte de mi santa madre...

—¡En paz descanse! — dijo el capitán, quitándose el sombrero—. Es, efectivamente, una pérdida bien dolorosa.

—Sí, muy dolorosa — añadió el estudiante—, por no haber tenido yo el consuelo de verla morir.

—¿Era joven? — preguntó Lucía.

—Aunque a todas las edades puede morirse una persona — contestó don Carlos—, nadie esperaba que, a la suya y dada la salud de que siempre ha disfrutado, entregara su alma al Señor; pero desde la muerte de mi buen padre....

—¿También ha fallecido? — inquirió Rosalía.

—Sí, también. En la batalla de Lepanto.

—¿Era militar? — preguntó el capitán.

—Sí, un bravo y pundonoroso militar, amigo íntimo de don Juan de Austria. Su muerte impresionó tanto a mi madre, que la infeliz ha muerto de sentimiento.

—Pues bien, consolaos — aconsejó Rosalía — y hablemos de otra cosa.

—Como os plazca — asintió el estudiante.

—¿Y ahora os dirigís a vuestra casa?—volvió a preguntar la joven.

—Sí; me espera una hermana que se ha quedado sola al cuidado de una dueña. Y voy a pie y casi sin equipaje, porque unos pícaros me han robado cuanto traía.

—¡Os han robado! — exclamaron los tres oyentes.

—Sí. Por suerte, mis padres me han dejado una cuantiosa fortuna; poseemos un castillo, tierras...

—Menos mal — interrumpió Lucía.

—Allá, en Salamanca — siguió diciendo don Carlos—, era yo el estudiante que más lujo gastaba, pues mi familia no me escatimaba el dinero. Mis condiscípulos censuraban mi esplendor y, cuando salía de paseo, y hasta en los mismos claustros de la Universidad, se reían de mí y me señalaban con el dedo, llamándome el *principito*.

—¡Bah! Eso sólo era envidia — comentó el capitán.

—Esto no obstante, como no soy orgulloso, a



...se reían de mí y me señalaban con el
dedo... (Pág. 18.)

todos los trataba con benevolencia y les daba constantemente pruebas de mi generosidad.

—¡ Oh ! — exclamó Rosalía—. Pues, si érais generoso, os recibirían bien en todas partes.

—Me recibían con buena cara, pero me hacían malas ausencias.

—Sin embargo, todo el mundo no os trataría de igual modo — dijo uno de los interlocutores.

—No, y esto me consolaba, pues, mientras mis compañeros de estudio me motejaban y se reían de mí, las personas que habitaban en mi barrio y me conocían, me dispensaban todo género de atenciones. Más de una mañana, al salir de la posada en que estaba hospedado, me detenía al paso alguna vecina para informarse del estado de mi salud.

—Y, habiendo vivido con tanta esplendidez, ¿viajáis tan pobremente? — preguntó con sorpresa el capitán.

—Bien equipado salí de Salamanca, señor oficial — respondió el estudiante — y con los bolsillos bien repletos de oro, pero, al segundo día de viaje, me salieron al paso unos bandoleros que me despojaron de cuanto llevaba y se apoderaron hasta del coche... A los criados que me acompañaban les dieron una buena paliza.

—¿Y os abandonaron? — preguntó una de las jóvenes.

—Huyeron — contestó el estudiante — mien-



...me detenía al paso alguna vecina para informarse del estado de mi salud. (Pág. 20.)

tras los bandidos me ataban a un árbol. Sin duda temieron correr mi misma suerte.

—¿Pero volverían luego, sin duda?

—Lo ignoro, porque, a poco de haberse alejado los bandidos, pasaron unos arrieros por el lugar en que me encontraba yo atado, y me desataron, así es que, si los criados volvieron en mi busca, no pudieron encontrarme.

—Pero, ¿los ladrones no le dejaron dinero alguno?

—Únicamente la ropa que tenía puesta; pero, como ésta era bastante lujosa, la vendí en el primer pueblo a que llegué y con lo que por ella me dieron he comprado el traje que visto ahora y algunas camisas que llevo en ese lío que constituye mi único equipaje. ¡Ah! También llevo mis libros, porque los ladrones los arrojaron al suelo al abrir mis maletas, y no se cuidaron de recogerlos, sin duda por desconocer su valor.

—Efectivamente, no sois muy afortunado—dijo Rosalía.

—Ya veís, pues — prosiguió el estudiante—, que tenía razón al afirmar que soy el rigor de las desdichas. Además, en cada posada en que me detengo, me ocurre algún percance.

—¡Por Cristo! — exclamó el capitán—. Bien seguro podéis estar de que aquí donde estamos no ha de ocurriros nada desagradable.

—¡Quién sabe! — contestó el joven—. Nada puede asegurarse hasta que salga de ella. Tam-

poco en la posada en que me hospedé durante la noche anterior, temí que me ocurriera mal alguno, porque creí, al ver la cara del hostelero, que era hombre honrado...

—¿Y qué le ocurrió?

—Cené bien. Me sirvieron un guisado de carne que, aunque era algo dura, comí con apetito; me dieron una buena cama, y dormí cómodamente...

—¿Y os quejáis?

—Cuando desperté esta mañana, y me despedía para reanudar la marcha, vi, desde el lugar en que me encontraba, a un pobre arriero y a su hijo que en el trascorral contemplaban los despojos de un mulo, con cuya carne había el hospedero hecho el guisado que nos sirvió en la cena.

El capitán, al oír esto, prorrumpió en una estruendosa carcajada, y lo mismo hicieron Rosalía y su compañera.

—¡Están alegres los señores! — dijo maese Pedro, al ver reír a los huéspedes; y, luego, preguntó—: Qué, ¿no tienen todavía sueño? Sin embargo, esta noche no debía nadie reírse en mi casa...

—¿Por qué, maese Pedro? ¿Es pecado la risa esta noche en su posada? — preguntó el capitán.

Y maese Pedro, arrepentido, sin duda, de lo que acababa de decir, repuso tartamudeando:

—Por... por... porque todos, menos ustedes, están ya acostados.

No satisfizo por completo esta respuesta al ca-



...un pobre arriero y a su hijo que en el tras-
corral contemplaban los despojos de un mu-
lo... (Pág. 23.)

pitán; pero, como ignoraba a qué había querido aludir maese Pedro, adoptó el partido de callar.

—Sí, sí — dijo entonces Rosalía—. Ya es hora de dormir. Con la conversación habíamos olvidado que tenemos que madrugar.

Y, dicho esto, el capitán, el estudiante, Rosalía y su compañera se pusieron en pie, despidiéronse unos de otros y, después de informarse bien de cuáles eran sus respectivos aposentos, se retiraron.

IV

—Ya sabéis, señor estudiante — había dicho a éste maese Pedro, al indicarle su habitación—; la puerta número 6 del segundo piso. Procurad no despertar al compañero que os cede la mitad de su cama, si estuviere ya dormido.

—Así lo haré — contestó don Carlos, encaminándose a la escalera; y, momentos después, se detuvo ante la puerta, sobre la cual creyó ver él el número que el posadero le acababa de indicar.

Desgraciadamente, se equivocó.

El corredor en que estaban los aposentos destinados a los huéspedes, en el segundo piso, se encontraba muy mal alumbrado, y las cifras que

había sobre las puertas eran algo borrosas, y el estudiante, creyendo entrar en la habitación señalada con el número 6, entró en la que tenía el número 8; pero nada encontró en ella que le sorprendiese.

El lecho estaba en un rincón, cubierto completamente por una mosquitera azul que impedía ver a la persona que en él se encontrase.

Sobre la mesilla de noche ardía una pequeña lámpara; pero el joven creyó que su compañero de habitación la había dejado encendida de propósito, para que él pudiera ver.

Don Carlos, pues, se desnudó y, matando la luz, se metió en el lecho, que encontró frío como el mármol.

Su compañero estaba vuelto de espaldas, y el joven estudiante no pudo verle el rostro. A juzgar por su inmovilidad, supuso que estaba dormido.

Apenas acababa el estudiante de meterse en la cama, cuando sintió pasos en la habitación, y una voz que decía:

—¿Qué diablo habrá apagado la luz?

Era el criado de la posada, de quien maese Pedro había dicho que dormiría en un rincón cualquiera para ceder su aposento a Rosalía y a la compañera de ésta.

Don Carlos vió, a través de la cortina que ocultaba el lecho, que el criado encendía de nuevo la luz; y, como le oyese murmurar entre dientes, aplicó el oído.

—Seguramente ha sido maese Pedro — decía el criado — quien ha apagado esta luz ; pero, si lo ha hecho por economía, no ha de valerle, porque, además de esta lámpara, voy a encender otra.

—¿Para qué se necesita la luz para dormir? — se preguntaba el estudiante, observando al sirviente.

—Con los muertos se ha de tener caridad — siguió murmurando éste—. Ya que este infeliz ha tenido la desgracia de morir en esta posada...

Don Carlos no quiso oír más. Comprendiendo que estaba acostado con un cadáver, púsose en pie de un salto y, descorriendo la cortina del lecho, apareció en ropas menores ante el criado.

Este, creyendo que el muerto acababa de resucitar, lanzó un grito de horror y abandonó la estancia apresuradamente.

El estudiante se lanzó tras el sirviente para desvanecer su error ; pero, mientras más aceleraba el paso, mayores eran los gritos que el criado lanzaba y más corría.

—¡ El muerto ha resucitado ! ¡ El muerto ha resucitado ! — gritaba el infeliz, lleno de terror.

A los gritos del sirviente, despertóse maese Pedro, y todos los huéspedes que había en la posada se levantaron asustados, asomándose a las puertas de sus respectivos aposentos para conocer la causa del alboroto.

Todos ignoraban que en la posada hubiese un cadáver, porque el posadero había tenido cui-

dado de ocultarles que en la mañana de aquel día había entregado su alma a Dios un huésped, suponiendo que si aquella desgracia se hacía pública el crédito de la posada disminuiría mucho.

Huyendo de don Carlos el criado, y corriendo aquél tras éste, ambos llegaron a la puerta de la posada, y se lanzaron por las calles del pueblo, cuyos vecinos no tardaron en despertar.

—¡ El muerto ha resucitado ! — continuaba gritando sin cesar el sirviente de la posada, y con tal acento de terror y de angustia pronunciaba estas palabras, que las personas que, por curiosidad, se asomaban a las puertas y ventanas del pueblo, retrocedían asustadas al ver correr por las calles a un hombre en paños menores.

Al fin, don Carlos, convencido de que no conseguiría desvanecer el error del criado de maese Pedro, retrocedió a la posada ; pero encontró la puerta cerrada, y fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo por entrar en ella.

A sus requerimientos, contestósele que allí no querían nada con las almas del otro mundo, y que *se volviera a morir a otra parte.*

Desesperado el mozo de verse rechazado por todos a cuantos pretendía acercarse, que huían haciendo la señal de la cruz, y, comprendiendo que mientras continuara en paños menores, seguirían tomándolo por un alma en pena, resolvió guarecerse en un portal con la esperanza de que, al di-

siparse las tinieblas de la noche, se desvanecería el error de aquellas gentes supersticiosas.

Afortunadamente, no necesitó esperar tanto tiempo para ser socorrido; pues, habiéndose enterado del alboroto promovido el corregidor, salió con algunos corchetes a hacer una ronda por el pueblo, y no tardó en encontrar en el quicio de una puerta al desventurado estudiante, que estaba tiritando de frío.

El corregidor, que era persona ilustrada y no daba crédito a las supersticiosas creencias que en aquellos tiempos atemorizaban a las gentes, escuchó la relación que del suceso le hizo don Carlos, y, llevándolo a su propio domicilio, le dió el traje de uno de sus criados.

Ya vestido, volvió el estudiante a la posada; pero maese Pedro se negó a recibirlo, alegando que le había perjudicado mucho con su famosa ocurrencia de hacerse pasar por un muerto resucitado.

—¡Pero, señor — protestó el estudiante—, si yo no he pretendido semejante cosa! Ha sido vuestro criado quien...

Maese Pedro no le dejó continuar.

—Basta, señor estudiante — dijo—. Marchaos de aquí, si no queréis que mis sirvientes y mis huéspedes os muelan las costillas a palos.

—En ese caso — replicó el joven — devolvedme mi ropa y mi pequeño equipaje.

—No os devolveré nada, pues todo lo que tenéis

no bastará para satisfacer los perjuicios que me habéis ocasionado.

Fué inútil insistir. Maese Pedro negóse obstinadamente a recibir de nuevo al estudiante y a devolverle ninguna de sus prendas, y el infortunado don Carlos vióse obligado a retirarse de allí.

Cuando el capitán de las tropas del Rey y los dos jóvenes que habían cenado aquella noche en compañía del estudiante, se enteraron del infortunio de éste, exclamaron compadecidos :

—¡ Verdaderamente, ese joven es el rigor de las desdichas !

V

Desesperado y sin saber adónde encaminarse, alejóse el estudiante don Carlos Pantoja de la puerta de la posada, de donde tan cruelmente había sido rechazado por maese Pedro.

Vestido con el mísero traje de un criado del corregidor, sin una sola moneda en el bolsillo, y en estado febril a causa de las emociones sufridas, abandonó el pueblo y salió al campo, con el propósito de reanudar su viaje, ya que las circunstancias le impedían descansar aquella noche.

Era una hora muy avanzada, y la luna, que brillaba en el espacio con todo su esplendor, enviaba a la tierra los haces de su argentada luz.

El pobre mozo, pensando en la mansión señorial de sus antepasados, y comparando su pasada opulencia con la penuria a que a la sazón se veía reducido, enardecíase y aceleraba el paso.

No temía ningún mal encuentro, ya porque su pobreza no despertase la codicia de ningún ladrón, ya porque los caminos estuviesen poco concurridos a altas horas de la madrugada en aquella época.

Pero, al fin, como no había podido descansar de las fatigas de la anterior jornada, el infeliz joven, extenuado y febricitante, cayó rendido en medio del campo, cuando ya la sonrosada aurora estaba a punto de disipar las sombras de aquella noche tan llena de desventuras.

No tardó el sueño en cerrar sus párpados, y su imaginación, sobreexcitada, comenzó a fantasear.

Tan pronto se veía ya en su casa, rodeado de todos sus servidores, como se contemplaba sumido en el más mísero estado y reducido a la más lamentable situación.

De pronto, cuando soñaba que él, convertido en un rústico pastor reposaba dulcemente sobre las rodillas de una joven bellísima que, vestida con traje oriental, honestamente lo acariciaba, sintióse agitado con violencia.

Abrió los ojos y vióse rodeado por un grupo de



...reposaba dulcemente sobre las rodillas de
una joven bellísima... (Pág. 31.)



...vióse rodeado por un grupo de campesinos, que le preguntaban si carecía de albergue... (Pág. 33.)

campesinos, que le preguntaban si carecía de albergue y necesitaba algún socorro.

El estudiante dió las gracias por su solicitud a aquellas gentes sencillas, y contestó que nada le era entonces más necesario que el reposo.

Los campesinos se alejaron encogiéndose de hombros, y don Carlos intentó dormir de nuevo; pero, siéndole esto imposible, púsose en pie y reanudó la marcha.

Tenía hambre; pero, como no llevaba dinero alguno ni esperanza de poseerlo hasta que llegara a su casa, en vez de acobardarse como los pusilánimes, aceleró el paso, y, al declinar la tarde, llegó a una gran población.

Al pasar por una calle en la que había algunos edificios suntuosos, pero que estaba poco concurrida, vió un hombre con cara de idiota, que con una piedra enorme que llevaba sobre la cabeza, amenazaba a un perro.

Aproximóse a él y quedó profundamente sorprendido al reconocer al criado de maese Pedro que, habiéndole tomado por un muerto resucitado, promovió el alboroto que a él lo había reducido a la triste situación en que se encontraba.

Efectivamente, el criado de la posada había perdido el juicio a causa del terror experimentado aquella noche fatal y no había cesado de correr hasta llegar al pueblo en que acababa de encontrarlo el estudiante.

El loco, al ver a don Carlos, emprendió preci-



...con una piedra enorme que llevaba sobre la cabeza, amenazaba a un perro. (Pág. 33.)

pitadamente la huída, gritando; y a sus gritos acudieron algunas personas, que, no sabiendo a qué atribuir aquel alboroto, interrogaron al estudiante.

Este apresuróse a satisfacer la curiosidad de los que lo rodeaban, quienes se rieron de la equivocación funesta del sirviente de la posada, y compadecieron el infortunio del joven don Carlos Pantoja.

Cuando la mayoría de los curiosos se hubo retirado, un caballero, que había escuchado el relato del estudiante, acercóse a éste, y le dijo:

—Joven, tenéis un raro parecido con un noble y famoso señor, a quien profeso profunda amistad, y me place protegeros si sois pariente suyo.

—Mi padre, señor — repuso con cierto orgullo el estudiante—, fué don Fernando de Pantoja...

—¡Vos su hijo! — exclamó el caballero, con la alegría reflejada en el rostro—. Venid, venid pronto a mi palacio, donde nada ha de faltar a quien descende de tan noble linaje — y, después de abrazar efusivamente al mozo, se lo llevó consigo.

—¡Gracias, muchas gracias, señor! — decía el mancebo, siguiendo a don Federico Marquesta y Hermosilla, que así se llamaba el caballero de referencia—. Mucho había de agradecereros también mi buen padre lo que por mí hacéis, si viviera...

—¡Cómo! ¿Ha muerto mi excelente amigo don

Fernando? — preguntó, muy sorprendido, el caballero.

—Sí; en la batalla de Lepanto — respondió el estudiante.

—Yo estuve a su lado, en la misma nave, y puedo juraros que allí no perdió la vida, aunque la arriesgó muchas veces.

—¡Ay, desgraciadamente os equivocáis!

—Venid, venid, y os explicaré lo ocurrido.

Y, mientras así hablaban, llegaron don Federico y el joven don Carlos al domicilio del primero, que era una suntuosa mansión donde la esplendidez y la cuantiosa fortuna de su dueño se advertían por doquiera.

Con la mayor brevedad que le fué posible, refirió el caballero a su joven interlocutor cómo el padre, a quien creía muerto, había caído en poder de los turcos, que lo tenían aherrojado en una mísera mazmorra y se negaban a ponerlo en libertad a pesar de las sumas cuantiosas que el rey Felipe II había ofrecido por su rescate.

—Cierto — terminó diciendo don Federico — que, al terminarse aquella memorable batalla, se le creyó muerto, y así se hizo constar oficialmente, pero otros prisioneros rescatados han revelado la situación a que se ve reducido vuestro padre, y que no es otra que la que os acabo de referir.

Indescriptible fué la alegría que experimentó don Carlos al saber que su padre vivía aún; pero, luego, al recordar que su santa madre había su-

cumbido al dolor que le produjo la noticia de aquella supuesta muerte, derramó copiosas lágrimas.

Don Federico lo consoló y, cuando el joven se hubo tranquilizado, lo condujo al aposento que para él mandó preparar y le proporcionó ropas acomodadas a su hidalga condición.

Aquella noche el joven durmió bien, en blando lecho de plumas; pero no cerró los ojos hasta después de haberse prometido a sí mismo ir en busca de su padre al lugar en que los turcos lo tenían prisionero, y no descansar hasta libertarlo.

VI

A la mañana siguiente, tan pronto como hubo abandonado el lecho, solicitó don Carlos ver a su protector, que se apresuró a recibirlo.

—Señor, aunque en vuestra morada disfruto de todo el bienestar que puedo encontrar en la mía, quiero partir hoy mismo — dijo el joven, tan pronto como hubo saludado y besado la mano al caballero.

—¿Hoy mismo? — repitió con sorpresa don Federico.

—Sí, señor, porque deseo proveerme de fondos cuanto antes y volar al socorro de mi padre amado. Cada día que permanezca en la ociosidad, es un día más de sufrimiento para el infeliz que gime en una mazmorra.

—Comprendo vuestra impaciencia, hijo mío, y la aplaudo; pero no puedo permitir que viajéis solo, porque no quiero que el hijo de don Fernando Pantoja se exponga nuevamente a ser juguete de ladrones y posaderos.

—No partiré solo, y acepto la compañía que os dignéis darme.

—He resuelto — continuó diciendo don Federico — que os acompañen tres criados, no solamente hasta vuestra casa, sino hasta que deis término satisfactorio a la empresa que deseáis realizar de libertar a vuestro padre.

—¡Oh! — exclamó el estudiante con lágrimas de gratitud en los ojos—. Si a tal extremo llega vuestra bondad, no necesitaré ir a mi casa, y, puesto que me habéis provisto de oro suficiente y de ropas, desde aquí mismo partiré con dirección a Valencia, donde habré de embarcarme.

—No me opongo a que lo hagáis así; pero hasta mañana no quedarán hechos todos los preparativos necesarios para la arriesgada empresa.

—Me resigno, partiré mañana. Hoy escribiré detalladamente a mi hermana Elvira la grata nueva de que nuestro buen padre vive aún y de que parto a rescatarlo, y le encargaré que no cese de

rogar a Dios por el feliz éxito de mi empresa, y por la salud y felicidad del bondadoso caballero a quien de tantas mercedes, como me habéis dispensado, soy deudor.

—Para distraeros — agregó don Federico — y que la demora de vuestro viaje no os impaciente, esta noche celebraremos un banquete en vuestro honor, al que he invitado a algunos señores de esta ciudad. Conocen a vuestro padre, y se alegrarán de conoceros a vos.

—El hijo de don Fernando de Pantoja — repuso el estudiante—tendrá mucho honor en besar respetuosamente las manos a los amigos de su padre.

Y, dicho esto, separáronse, don Federico para dar algunas órdenes referentes al banquete, y el joven estudiante para escribir a su hermana.

Cuando el joven hubo cumplido este deber, salió a dar una vuelta por la ciudad, acompañado de su protector, que quiso mostrarle sus bellezas; pero a don Carlos, absorto en sus pensamientos, nada le distraía.

Llegada la noche, presentóse en el palacio de don Federico un nuevo huésped, que fué recibido con la cortesía proverbial en tan espléndido caballero.

Era el recién llegado don Augusto Fernández de Campanelo, capitán de las tropas del Rey, que, con una misión secreta del ministro, viajaba sin escolta y procurando no llamar la atención.

Este capitán no era otro que el que había encontrado el estudiante en la posada de maese Pedro, y a quien, como es consiguiente, se alegró de volver a ver.

El capitán era portador de un pliego que debía entregar en un día determinado a un poderoso señor del reino; pero, como había salido de la corte con anticipación, caminaba a cortas jornadas y se detenía en todos los lugares en que tenía amigos o esperaba que se le dispensase buen recibimiento.

Y a ninguna parte llegó tan oportunamente como a la lujosa mansión de don Federico, donde éste y sus invitados estaban a punto de sentarse a la mesa cuando aquél se presentó al dueño de la casa.

Es inútil decir que en el banquete se sirvieron los más succulentos manjares y los vinos más exquisitos, de los que se hizo gran consumo, así es que todos quedaron muy alegres y satisfechos.

Brindóse por el triunfo de las armas de España, por la prosperidad y salud del anfitrión y por el éxito feliz de la empresa que el joven don Carlos se proponía realizar; pero, como ocurre siempre en casos tales, no faltó quien, por haber bebido con exceso, cometiese alguna imprudencia, y don Federico, para evitar mayores males, púsose en pie, después de servidos los postres, y la mayoría de los invitados se retiraron.

En aquel momento, y cuando sólo quedaban en

la mesa el capitán, el estudiante y otro caballero, que con aquéllos había simpatizado, ocurriósele decir a don Augusto :

—Don Federico sabe hacer bien las cosas. Nos ha obsequiado con una cena espléndida.

—Siempre vive con grandeza — repuso el estudiante — quien hecho a grandeza está.

—Seguramente, mañana — agregó el capitán — no veremos, al abandonar este palacio, a ningún arriero que, con su hijo, se lamente, contemplando los despojos de un mulo, de haber cenado carne de semejante cuadrúpedo.

—¿Qué decís, señor capitán? — interrogó el caballero que acompañaba aún a don Augusto y a don Carlos.

—¡ Ah ! Es cierto, vos no lo sabéis — respondió el interpelado—. Este joven — y señaló al estudiante — ha comido carne de mulo en una posada.

El caballero prorrumpió en una carcajada ; y don Carlos, enojado por el recuerdo inoportuno, púsose en pie en silencio, calóse el sombrero, embozóse en la capa, que le entregó un criado, y dirigió una mirada de olímpico desdén al capitán, mientras los sirvientes se cubrían el rostro con los platos y las fuentes que estaban retirando de la mesa, para disimular la risa.

Don Carlos se retiró en silencio, y lo mismo hicieron poco después el capitán y el caballero que lo acompañaba.



...dirigió una mirada de olímpico desdén al capitán... (Pág. 41.)

VII

Al día siguiente, caminaba don Carlos Pantoja por los feraces campos de Castilla, jinete sobre un robusto caballo, y seguido de tres criados jóvenes y valientes.

Tanto aquél como éstos, iban todos bien armados y provistos de sendas bolsas llenas de oro, con cuyo talismán pensaban vencer todos los obstáculos que se opusieran al objeto que motivaba aquel viaje.

Marchaban contentos; don Carlos animado por el deseo de abrazar a su padre, y los criados con la esperanza de ver tierras y de contribuir a la salvación de un tan noble caballero como era don Fernando de Pantoja, cuyo valor y relevantes prendas habían oído encomiar repetidamente a su señor, don Federico.

Inútil es decir que el dinero, las cabalgaduras, las armas y hasta la ropa que llevaban los cuatro viajeros, eran debidos a la generosidad de don Federico, si bien el estudiante don Carlos había hecho el propósito, al aceptar tales desembolsos, de

devolver, tan pronto como tuviera ocasión, la cantidad invertida en obsequio suyo.

Unicamente el deseo de no demorar su empresa, le había inducido a aceptar la ayuda generosa que con tan buena voluntad se le prestaba.

Quizás no hubiesen transcurrido tres horas aún, desde que los viajeros habían salido de la ciudad, cuando uno de los sirvientes que seguían a don Carlos, aproximóse a éste, diciendo :

—¿Habéis oído, señor?

—No. ¿Qué ocurre? — repuso el joven.

—Han sonado varios disparos de arma de fuego.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Segurísimo ; tengo buen oído y no creo engañarme.

—¿Y qué puede ser?

—¡Quién sabe ! Allá, más adelante, el camino que llevamos hace una curva. Es posible que una partida de bandoleros se haya apostado en ese sitio para sorprender y robar los coches...

—Somos cuatro hombres y vamos bien armados.

—Ellos pueden ser veinte — replicó el sirviente—. Además, la prudencia aconseja no arriesgar el éxito de una empresa apenas comenzada, y rehuir todo peligro antes que arrostrarlo.

—Tenéis razón — confirmó don Carlos—. Apartémonos del camino y marchemos a través de ese bosque que a la derecha se ve, hasta que hayamos dejado atrás el lugar peligroso.

E inmediatamente se internaron en la espesura,

pero, como no podían seguir caminando a caballo porque las ramas de los árboles dificultaban la marcha, apeáronse y continuaron a pie, llevando las caballerías sujetas por el diestro.

Al cabo de un rato, y cuando ya se proponían salir del bosque para volver al camino principal, creyendo haber dejado tras de sí el lugar peligroso, encontraron una casa semioculta entre los árboles, y resolvieron descansar en ella si estaba habitada.

Aquella casa tenía una maciza puerta de madera forrada de hierro, pero esta circunstancia no les sorprendió, porque, como el país estaba infestado de ladrones, era natural que los moradores de una vivienda tan solitaria, adoptasen toda clase de precauciones para evitar ser sorprendidos.

La puerta estaba cerrada, y los viajeros llamaron descargando algunos golpes sobre ella; pero nadie acudió a su llamamiento.

Ya pensaban retirarse, cuando se vieron, de pronto, rodeados por algunos hombres de aspecto patibulario, que no tardaron en desposeerlos del oro y de las armas que llevaban.

Tan de súbito fueron sorprendidos los viajeros, que no tuvieron tiempo ni aun de pensar en defenderse.

—Gracias, señores, gracias — dijo a los viajeros uno de aquellos bandidos—. Os habéis metido en la boca del lobo, sin duda para evitarnos el trabajo de ir en busca vuestra. ¡Muchas gracias!

Aquellos hombres pertenecían a una cuadrilla numerosa de bandoleros, habían visto a don Carlos y a sus sirvientes cuando éstos entraron en el bosque y, al advertir que se dirigían a la casa que les servía de guarida, los habían dejado caminar siguiéndolos de cerca para ahorrarse ellos el trabajo de conducirlos.

Cuando los viajeros llamaron a la puerta de la casa, los bandidos estaban a pocos pasos detrás de ellos, por lo que no les fué difícil cogerlos de improviso.

Don Carlos y los tres criados que lo acompañaban, después de robados, fueron atados con fuertes ligaduras e introducidos en la casa, cuya ferrada puerta abrió uno de los bandidos.

—¿Qué hacemos de esta gente? — preguntó uno de los ladrones a sus compañeros—. Ya no tienen encima nada de valor más que la ropa.

—La ropa — contestó otro — también nos hace falta; pero, por ahora, dejémoslos donde están hasta que venga nuestro capitán y disponga lo que haya de hacerse. No pueden escaparse.

Más que la pérdida del dinero y de las armas que llevaba, lamentaba don Carlos el aplazamiento que la empresa de libertar a su padre tenía que sufrir necesariamente, a causa de aquel percance; pero se consolaba con la esperanza de que los ladrones, conformándose con el oro de que lo habían desposeído, lo pusieran pronto en libertad.

No tardó mucho el joven en salir de su incer-

tidumbre; pues, al poco rato, oyó rechinar la puerta de la casa y entrar algunos hombres.

Desde el lugar en que se encontraba tendido en el suelo, que era una especie de sótano, escuchó la conversación que sostenían los ladrones, y por ella supo que él debía quedarse en aquella casa prisionero, mientras sus tres sirvientes, a quienes se pondría en libertad, iban en busca de la cantidad que se fijase por su rescate y volvían con ella.

—Por lo pronto, guardad ese dinero en su sitio — ordenó el que sin duda debía ser jefe de los ladrones.

Y, acto seguido, vió a dos o tres hombres, cuyo aspecto parecía el de sirvientes, que, precedidos por una mujer, atravesaron la estancia en que él y sus desgraciados compañeros de viaje se encontraban maniatados.

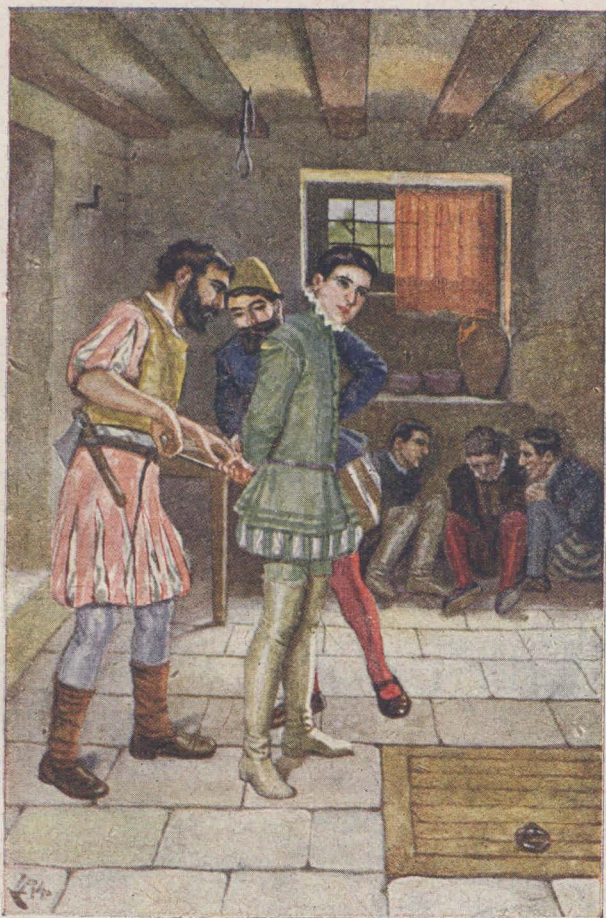
La mujer, de rostro repulsivo, iba delante, y detrás seguían los hombres, cargados con sacos de dinero. Aquélla abrió una puerta y entraron en otra habitación, en la que, arrimada a la pared, había una especie de armario.

Delante de aquel mueble había un mostrador, o mesa, y sobre él fueron depositados los sacos de dinero.

Como aquella gente no se cuidó de cerrar la puerta de la habitación en que acababan de entrar, los prisioneros pudieron ver que la mujer abrió el mueble, y empezó a guardar en él los sa-



...empezó a guardar en él los sacos de dinero que los tres hombres le iban entregando. (Página 47.)



...dos de los que lo acompañaban desataron a
don Carlos. (Pág. 50.)

cos de dinero que los tres hombres le iban entregando.

—¿A cuántos desgraciados habrán despojado estos miserables? — pensaba don Carlos, mientras observaba a los que se encontraban en la habitación contigua, cuando un grupo de malhechores hizo irrupción en el aposento que servía de calabozo.

—Aquí están los pájaros — dijo uno de los bandidos, dirigiéndose al que parecía ser el jefe.

Este apenas miró a los prisioneros; pero, al advertir que los que habían conducido los sacos a la habitación inmediata habían dejado la puerta abierta, encaróse con ellos, gritando:

—¡Brutos! ¡Habéis enseñado a personas extrañas el lugar en que encerramos nuestro oro! — y, luego, volviéndose a los que lo acompañaban, agregó: Esta torpeza nos priva de algunos sacos más de dinero, porque ya es imposible permitir que salga de aquí vivo ninguno de estos prisioneros.

Don Carlos y sus tres sirvientes, al oír estas palabras, se dieron por muertos.

—¿Qué hacemos entonces? — preguntó uno de los bandidos a su jefe.

—Dentro de un par de horas será completamente de noche, los sacáis de aquí y en medio del bosque los *despacháis*.

¿Qué quiso decir? Don Carlos y sus sirvientes no lo sabían; pero supusieron lo peor.

—¿Los *despachamos*? ¿A los cuatro? — preguntó uno de los ladrones, que parecía ser menos criminal que los otros.

El jefe de los bandidos miró entonces al rostro de los prisioneros y, después de un momento de reflexión, repuso :

—Bien, éste — refiriéndose a don Carlos — lo dejaremos aquí para que nos sirva. Quizá saquemos algún partido de él. En cuanto a los otros, haced lo que os he dicho.

No había aún concluído de hablar aquel infame, cuando dos de los que lo acompañaban desataron a don Carlos.

—Joven — le dijo entonces el capitán de la cuadrilla—, vas a ser nuestro criado, y, por consiguiente, quedas en libertad... dentro de esta casa ; pero de aquí no saldrás jamás, porque la puerta está bien guardada. Si te portas bien y no te falta valor, quizá algún día podrás llegar a ser de los nuestros.

Y, como en aquel instante salieran la mujer y los hombres que estaban en la habitación contigua, el jefe de los bandoleros detuvo a aquélla para decirle :

—Este mozo nos servirá desde hoy la comida. Dale ropa para que se vista, pues el traje que lleva es demasiado lujoso y puede aprovecharse, y vigílalo de cerca.

Y así quedó convertido don Carlos de Pantoja

en servidor de ladrones, y obligado a vivir en una prisión más infame y denigrante que la de que había querido libertar a su progenitor.

VIII

La casa en que habitaban los malhechores tenía dos pisos; pero uno de ellos estaba bajo tierra, y a él se descendía por una trampa hábilmente disimulada, así es que, aunque parecía pequeña aquella guarida, no lo era tanto que no pudiese contener a la gente que en ella se albergaba.

Además, no todos pernoctaban en ella, pues cada noche la mitad de la partida vigilaba los caminos y el bosque para robar a los infelices que tenían la desgracia de ponerse al alcance de sus armas.

Para el caso de una sorpresa, había también en la casa un pasadizo que, partiendo del piso subterráneo, conducía al interior del bosque, así es que, si en alguna ocasión las tropas del Rey o los cuadrilleros de la Santa Hermandad acertaban a dar con la guarida de los malhechores, éstos estaban seguros de poder burlarlos.

Tenían los ladrones a su servicio una mujer vieja, más fea que el pecado mortal, y otros tres criados, gente encanallada en quien, sin embargo, no tenían aquéllos suficiente confianza para permitirles salir de la casa.

En cuanto a que pudieran escaparse, no abrigan los ladrones el menor recelo, pues dos individuos perfectamente armados vigilaban constantemente detrás de la puerta de aquel antro, y nadie podía salir ni entrar sin su permiso.

De todos estos pormenores no tardó en informarse don Carlos de Pantoja, quien, desde que se le impuso la obligación de servir a los ladrones, no cesaba de pensar en el modo de evadirse.

Seguramente no lo hubiera conseguido jamás si no hubiese encontrado un protector entre los mismos malhechores, desde el primer momento.

Al retirarse don Carlos a la habitación que se le designó para ponerse el traje con que debía substituir el que llevaba a la sazón, entró tras él uno de los bandidos, conocido entre sus compañeros por el apodo de *Finura*, acaso porque sus modales no eran tan rústicos como los de los demás.

—Escuchadme sin responder — dijo al joven apresuradamente el bandido — porque no puedo perder tiempo. Aquí todos somos espías, unos de otros, y si me sorprendieran... Soy de Salamanca, y, aunque no me conozcáis, os conozco yo. En una ocasión socorristeis a mi anciana madre,

que estaba en la miseria, y quiero pagaros este servicio. Vuestros criados han sido conducidos al interior del bosque donde serán muertos, y vos estáis condenado a ser nuestro sirviente toda la vida si no queréis convertirlos en un malhechor como nosotros. Me propongo ponerlos en libertad, pero no sé todavía cómo ni cuándo podré conseguirlo. Cuando me veáis, miradme siempre con atención, y no dejéis jamás de examinar cuantos objetos os entregue, por si en alguno de ellos encontráis algún escrito mío que contenga las instrucciones que debéis seguir. Ahora, adiós, disimulad cuanto os sea posible y procurad conquistar la confianza de mis compañeros haciendo cuanto os manden lo mejor y más pronto que podáis.

Y, dicho esto, el bandido *Finura* dejó solo a don Carlos, que continuó variándose de traje, pero bastante más animado por la protección que se le brindaba, cuando más desconfiado estaba de recibir auxilio alguno.

Sin embargo, muchos días pasaron antes que *Finura* pudiera hacer algo en beneficio del joven, a quien se había propuesto proteger; pero, aunque tarde, el momento deseado llegó al fin.

Una noche, el capitán de los bandoleros dispuso que la partida fuese a espiar el paso de un carro que conducía una gruesa suma de dinero destinada al tesoro real.

Como la expedición era peligrosa, porque las arcas iban bien custodiadas por las tropas, la ma-

yor parte de los individuos que componían la partida marcharon para tomar parte en la empresa, quedando sólo en la casa cuatro de ellos.

Uno de estos cuatro era *Finura*, quien creyó llegada la ocasión de pagar la deuda de gratitud contraída con don Carlos.

Al efecto, después que sus compañeros salieron a espiar el paso de los carros que conducían las arcas del real tesoro, invitó a los tres camaradas que se habían quedado con él en la guarida, a jugar un rato para distraerse.

Los bandidos aceptaron la proposición de *Finura*, y la partida de juego empezó.

Como es costumbre entre cierta clase de gente, aquellos hombres, mientras jugaban, apuraban sendos vasos de vino, que tan pronto como eran vaciados volvía a llenar el joven don Carlos, siguiendo las indicaciones de *Finura*; pero éste no bebía.

Cuando *Finura* vió que sus compañeros estaban medio borrachos, llamó al estudiante, sacó una bolsa de su faltriquera, y entregósele diciendo :

—Lleva esta bolsa a mi habitación, porque es el único dinero que me queda y no lo quiero perder.

Don Carlos retiróse a un lugar donde no pudiera ser visto, abrió la bolsa que acababa de entregarle *Finura* y encontró en ella un pequeño frasco y un papel escrito, que decía lo siguiente :

—Poned seis gotas del líquido que contiene este



...llamó al estudiante, sacó una bolsa de su faltriquera y entregóse la diciendo... (Pág. 54.)

frasco en la jarra del vino que os mandaré servir, y guardaos para vos el dinero que contiene esta bolsa.

Don Carlos no entendía bien el fin que se proponía *Finura*; pero resolvió obedecer, y, al efecto, volvió inmediatamente a la habitación en que estaban jugando y bebiendo los cuatro ladrones.

—¡Hola! — dijo *Finura* al joven cuando éste volvió a presentarse—. Trae otra jarra de vino, si no quieres matarnos de sed.

Don Carlos se apresuró a obedecer; pero tuvo buen cuidado de verter antes en la jarra las seis gotas del líquido que se le había encargado.

Pronto se vió el resultado de aquella maniobra, pues los tres malhechores que acompañaban a *Finura*, tan pronto como hubieron bebido, inclinaron la cabeza sobre el pecho y empezaron a roncar, profundamente dormidos.

Entonces dijo *Finura* a don Carlos:

—Venid; voy a abriros la puerta para que os marchéis. El dinero que os he dado os servirá para cubrir vuestras primeras atenciones y para que lleguéis a vuestra casa sano y salvo; pero os ruego que no denunciéis a las autoridades esta guarida, porque, si nos prenden, seremos ahorcados.

—No la denunciaré por respeto a vos, que me habéis protegido y no sois tan malo como parecéis; pero, ¿cómo os disculparéis de mi fuga ante el capitán?

—El capitán no sospechará de mí más que de cualquiera de esos tres que están durmiendo.

—Sin embargo, como ellos están narcotizados...

—Cuando vos hayáis salido, quedaré en igual estado que ellos.

—¿Cómo así?

—Vaya, no perdamos tiempo — dijo *Finura*, impaciente—. Voy a abriros la puerta, os entregaré luego la llave, la ponéis en la cerradura por la parte de fuera y alejaos pronto. Dejad antes en un rincón el frasco que contiene el narcótico. Yo volveré en seguida al lado de mis compañeros, beberé del vino narcotizado, y, cuando venga el capitán, estaremos los cuatro dormidos, o los cuatro despiertos.

—¡Que Dios os premie esta buena acción! — exclamó don Carlos, y después de despedirse de *Finura*, y de hacer cuanto éste acababa de encargarle, se alejó de aquella guarida de malhechores.

Al recordar que debía su libertad y la protección que le había dispensado un bandido a la buena acción practicada por él, hacía dos o tres años, en Salamanca, según le confesó el mismo *Finura*, comprendió cuán acertadamente discurren los que recomiendan: «que debe hacerse el bien sin mirar a quién, porque no hay acción buena que no obtenga el premio merecido».

IX

Al amanecer llegó don Carlos a un pueblo, e inmediatamente buscó una posada, donde descansar ; pero costóle gran trabajo ser admitido, porque el posadero, que acudió a los repetidos golpes que el joven descargó sobre la puerta, dijo que aquella hora era más a propósito para emprender un viaje que no para llegar al término de él.

Pero al fin, como, según dice el adagio, dádivas quebrantan peñas, mostró el estudiante la bolsa que debía a la generosidad de un bandido, y el posadero le franqueó la entrada y le proporcionó lecho para dormir, aunque algo desconfiado, porque las trazas del estudiante y la circunstancia de no llevar equipaje alguno eran motivos suficientes para dudar de la honradez de quien tan bien provisto iba de dinero.

Don Carlos no se detuvo allí mucho, y, apenas hubo descansado de su larga caminata, salió de la posada, compró un traje en una ropavejería, y, después de haberse cambiado el que llevaba puesto, y de informarse del camino que debía seguir

para llegar a su casa, emprendió el viaje, jinete sobre una yegua que también adquirió con el dinero de la bolsa.

El motivo que le indujo a variar de indumentaria fué la repugnancia que sentía a usar la ropa que le habían dado los ladrones, y si, aunque tenía dinero en abundancia, compró un traje modesto y usado, fué por no despertar la codicia de las gentes amigas de la propiedad ajena, con quienes tropezara.

Don Carlos era valiente; pero, como a pesar de su valor había sido víctima del infortunio constantemente desde que salió de Salamanca, creyó que era más conveniente prevenir el peligro que remediarlo.

Y con estas disposiciones, y después de haber dudado entre dirigirse a casa de don Federico para referirle su encuentro con los ladrones y la suerte que habían sufrido los tres criados de quienes le hizo acompañar, o encaminarse directamente a su propio domicilio, resolvió esto último.

Con esto evitaba nuevos gastos al caballero y no se exponía a verse obligado a revelar el sitio en que los ladrones tenían su guarida, que había él prometido no denunciar.

Esta vez pudo llegar don Carlos Pantoja a la ciudad en que estaba la casa en que había nacido y donde su hermana vivía sola con una dueña y algunos criados, a pesar de sus grandes riquezas.

Como hacía ya largo tiempo que don Carlos fal-

taba de la espléndida mansión de sus antepasados, y se presentó vestido muy humildemente y sin acompañamiento alguno, sus viejos servidores no lo conocieron al principio; pero, después, regocijéronse de verlo y algunos derramaron lágrimas de júbilo.

Inmediatamente se encaminó el joven al interior de su palacio y, después de recorrer varios aposentos donde suponía que pudiera estar su hermana a aquella hora, llegó a un salón en que la bella Elvira se encontraba.

La joven, para distraerse en su soledad y en cumplimiento del voto que había hecho, al saber que su padre vivía, de vestir humildemente y de desempeñar los oficios de una criada mientras su progenitor permaneciera cautivo, ocupábase a la sazón en quitar el polvo a los muebles, así es que, don Carlos, al verla con una indumentaria impropia de su elevada condición y trabajando como una sirvienta cualquiera, no la conoció al pronto; pero doña Elvira, al ver aparecer a su hermano en la puerta de la estancia, tiró apresuradamente el plumero que tenía en la mano y corrió a su encuentro.

—¡Carlos mío! — exclamó la joven, tendiéndole los brazos.

—¿Eres tú, hermana mía? — repuso el estudiante.

Y ambos hermanos se abrazaron y se besaron efusivamente.



Y ambos hermanos se abrazaron y se besaron efusivamente. (Pág. 60.)

Después de las naturales expansiones de alegría a que el placer de verse les indujo, ambos jóvenes se confiaron mutuamente sus cuitas, y don Carlos refirió todas las contrariedades que había tenido que sufrir desde que había salido de Salamanca.

—¿Y dices — preguntó doña Elvira — que aquel pobre hombre que te tomó por un muerto resucitado se ha vuelto loco?

—Al menos, de loco era su aspecto — repuso don Carlos — cuando lo vi, dos días después del suceso, al llegar yo a la ciudad en que reside el caballeroso don Federico, amigo de nuestro buen padre.

—Pero, ¿estaba loco o es que era ya tonto de nacimiento? Porque creer que un muerto ha resucitado sólo puede ocurrírsele a una persona de pocas luces.

—Loco o tonto es lo mismo, querida hermana, pues en modo alguno puede servir para nada provechoso.

—No lo creas, Carlos. A veces, la tontería presta muy buenos servicios.

—¡Que la tontería presta buenos servicios! — exclamó don Carlos, riéndose.

—Indudablemente. Y, si lo deseas, te contaré un cuento que oí cuando era más niña y que confirma lo que acabo de decirte.

—Lo único que vas a probarme es que eres muy crédula y muy inocente; pero te escucharé con

gusto porque tu ingenuidad encantadora te hace más digna de mi cariño. Cuenta.

—Pues allá va — dijo doña Elvira, sonriéndose, y comenzó así su relato— : En un pueblo, cuyo nombre no importa conocer, vivía hace muchos años un tonto, tan tonto, que, aunque sus padres eran muy ricos, no pudieron conseguir que aprendiera a leer.

»Como era hijo único y sus padres comprendieron que no sabría administrar el inmenso capital que, a la muerte de ellos, heredase, resolvieron casarlo con una joven que fuese muy lista, y capaz, por lo tanto, de suplir la falta de inteligencia de Juanillo, que así dicen que se llamaba el tonto.

»Con dinero todo se consigue, y los padres no tardaron en encontrar una muchacha honrada y sumamente discreta que accediera a casarse con Juanillo, cuyas riquezas le harían más soportable la tontería del marido.

»Se verificó el matrimonio con gran satisfacción de los padres del tonto, que creyeron ver así asegurada su descendencia y salvados de la miseria a sus nietos, si Juanillo y su esposa tenían hijos.

»El tonto pasábase el día tendido a la bartola ; pero era muy aficionado a las diversiones, y no había saltimbanqui, músico ni bailarín que pasara por el pueblo, que no se aprovechase de la prodigalidad del infeliz.

»Juanillo ignoraba el valor del dinero, ni aun sabía distinguir las monedas, y como su esposa, que administraba los bienes de la familia, no le escatimaba nada, el tonto despilfarraba a troche y moche.

»Una tarde estaba el tonto tendido en la puerta de una casa del pueblo, medio adormilado, mientras dos jóvenes vagabundos bailaban delante de él al son de un pandero que tocaba otra mujer, cuando acertó a pasar por allí la esposa de Juanillo.

»Inmediatamente hizo que éste se levantara del suelo, llevóselo con ella, y, llegados a su domicilio, se apresuró a decirle :

»—Juan, es preciso que trabajes. Desde mañana, saldrás todos los días al campo a escardar cebollinos.

»—Bueno, bueno — repuso el tonto, que era humilde y tenía a su esposa mucho respeto.

»Y, efectivamente, al día siguiente, salió Juanillo al campo, llevando un sachó para escardar los cebollinos, que le había mandado su esposa.

»El no sabía escardar, ni qué eran cebollinos, ni dónde estaban ; pero, puesto que lo mandaban al campo, al campo iba.

»La esposa no se proponía con esto otra cosa que evitar que Juanillo pasara el tiempo tumbado en la calle y tirando el dinero a los vagabundos.

»El tonto empezó a andar, y como no encontraba los cebollinos, en parte alguna se detenía a



»—¿Qué traes ahí, Juan? — le preguntó la mujer
al verlo. (Pág. 66.)



...bailaban delante de él al son de un pandero
que tocaba otra mujer... (Pág. 64.)

escardar ; pero le obligó a detenerse otra cosa más interesante, y fué una gran arca que encontró en medio del camino. Echósela al hombro y regresó a su casa.

»—¿Qué traes ahí, Juan?—le preguntó la mujer al verlo.

»—Un arca que me he encontrado — repuso el tonto—. Quizá estén dentro los cebollinos.

»La mujer soltó la carcajada al oírlo, y sin hacer comentario alguno, abrió el arca, que tenía varias cerraduras, y, ¡oh sorpresa!, vió que estaba llena de monedas de oro recién acuñadas.

»—¡Medallas, medallas! — exclamó Juanillo.

»—Sí, medallas son — afirmó la esposa, que quiso dejar en su error al tonto, para que éste no divulgase la noticia del hallazgo.

»Aquella noche la mujer no se acostó, pasando las horas en hacer buñuelos, que puso en el corral, en el suelo y pendientes de un árbol que en él había.

»Cuando se levantó Juanillo al día siguiente, le dijo su mujer :

»—Juan, asómate al corral, y ve qué ha llovido esta noche, porque he oído un gran estrépito.

»Juanillo obedeció al punto ; pero no tardó en volver, gritando :

»—¡ Buñuelos, buñuelos, esposa mía ! ¡ Han llovido buñuelos !

»Almorzaron los esposos, y, cuando hubieron concluído, la mujer llevó a Juanillo a la barbería

y, después de hacer que le cortaran el pelo a rape, lo presentó al maestro de la escuela del pueblo.

»—Señor maestro — dijo la mujer—, sentad a mi esposo entre los niños y enseñadle a leer.

—»Señora, ¿cómo queréis que sienta a Juanillo entre los muchachos, si es un hombre ya casado?

»—No importa, es muy humilde y, a pesar de su edad, tan ignorantón como un chicuelo.

»El profesor se negaba a acceder a tal pretensión; pero la esposa del tonto le entregó una moneda de oro, y esta dádiva venció su resistencia.

»Los muchachos, al ver sentado entre ellos a aquel mastuerzo, empezaron a reírse y burlarse de él; y, como el tonto no se defendía, aquéllos se envalentonaron.

»Algunos le decían:

*«Niño tontón,
¿quién te peló?»*

»Y Juanillo respondía confuso:

*«Mi Marta, mi Marta.
No vendré mañana.»*

»Hasta que, al fin, en vista del alboroto que se promovió en la clase, el profesor tuvo a bien despedir a Juanillo, que volvió a su casa muy acongojado.

»Marta, que así se llamaba la mujer del tonto,

para evitar que la noticia del hallazgo del arca se divulgase a pesar de las precauciones adoptadas por ella, fuése a vivir con su marido y algunos criados a uno de sus cortijos ; pero ello no impidió que ocurriese lo que necesariamente había de ocurrir.

»El arca llena de monedas de oro que Juanillo había encontrado pertenecía al Soberano ; los que conducían los carros en que aquélla iba, juntamente con otras, la habían dejado caer, y, al advertir la pérdida, retrocedieron y registraron todas las casas de los pueblos cerca de los cuales pasaron.

»También registraron el domicilio de Juanillo ; pero nada encontraron, porque la mujer de éste había tenido buen cuidado de ocultar el arca en sitio donde no pudiera ser descubierta.

»Sin embargo, aquella ausencia repentina de Marta y de su marido llamó la atención de las autoridades, y una mañana presentóse un alguacil montado en un burro a la puerta del cortijo a que el matrimonio se había ido a vivir, en busca del tonto para llevarlo a declarar.

»Juanillo había ido a escardar cebollinos y el alguacil sacó a Marta poco menos que a viva fuerza para conducirla al pueblo.

»La mujer protestaba de su inocencia y retorciase las manos, negándose a seguir al alguacil ; pero, al fin, no tuvo más remedio que dejarse llevar, dejando asombradas a las dos criadas que con



...retorcíase las manos, negándose a seguir al alguacil... (Pág. 68.)

ella habían salido a la puerta del cortijo para despedirla.

»Como es consiguiente, Marta negó poseer el arca que habían perdido los empleados del Gobierno; pero, detenido también Juanillo e interrogado por las autoridades, repuso éste:

»—Sí, sí. Yo me encontré un arca llena de medallas relucientes.

»—Interrogadle, señor — dijo entonces Marta, que se hallaba presente—, cuándo ha tenido ese hallazgo, porque este infeliz está tonto y no sabe lo que habla.

»—Decid, buen hombre — preguntaron luego a Juanillo—; ¿cuándo os encontrasteis el arca? ¿Hace mucho tiempo?

»—¿Mucho tiempo? No sé cuándo — contestó Juanillo—; pero fué un día que llovieron buñuelos y yo iba a la escuela.

»—¡Ah! — exclamó el juez, desilusionado—. ¿Estáis seguro de haber encontrado el arca en la época en que ibais a la escuela?

»—Sí, señor. La encontré en el tiempo en que iba a la escuela y llovían buñuelos.

»En vista del resultado de este interrogatorio, el juez supuso que ni Marta ni Juanillo tenían el arca perdida, y los dejó en libertad.

»De este modo — concluyó diciendo doña Elvira Pantoja—la discreta Marta utilizó la tontería de Juanillo para apropiarse indebidamente una

cantidad fabulosa de monedas de oro, de donde se deduce que también los tontos pueden a veces ser útiles. Y colorín, colorido, el cuento ha concluído.»

X

Como hacía unos cuantos años que el joven don Carlos faltaba de la ciudad en que había nacido, tan pronto como hubo descansado de su largo y penoso viaje, experimentó deseos de visitar a sus amigos de la infancia, y, al efecto, aquella misma tarde, ya cuando el sol estaba próximo a desaparecer del horizonte, salió de su palacio y encaminóse al domicilio de uno de ellos.

Sorprendióle no poco encontrar la puerta cerrada ; pero, como desde la calle oyese las voces animadas y las risas de las personas que se encontraban dentro, aventuróse a dar algunos aldabazos, suponiendo fundadamente que sería bien recibido.

Nadie acudió en aquella casa a su llamamiento ; pero, en cambio, un perrillo, que cerca de allí vagabundeaba, comenzó a ladrarle y a mostrar deseos de clavarle los dientes en las pantorrillas.

Creyendo que no le hubiesen oído, llamó don Carlos de nuevo, y esta vez el pequeño can se enfureció de tal modo, que el joven, para ahuyentarlo, inclinóse para coger una piedra y arrojarla.

Pero, ¡oh desdicha!, en vez de una piedra, empuñó algo de una materia más blanda y mal oliente, que le obligó a sacudir la mano para desprender de ella aquella suciedad.

En aquel momento apareció en una ventana del edificio la cabeza de una joven bellísima, quien preguntó :

—¿A quién buscáis, caballero?

Pero el interrogado no pudo contestar, porque, al sacudir la mano, habíase dado tan fuerte golpe en los dedos, que el dolor le hizo llevárselos a la boca instintivamente sin acordarse de la asquerosidad que en ellos tenía, y empezó a escupir y a lamentarse de su mala suerte.

Viendo, pues, la joven que estaba a la ventana, que el caballero no contestaba a su pregunta y que escupía y renegaba sin hacerle a ella caso, se retiró y cerró la ventana; y don Carlos alejóse desistiendo de visitar a sus amigos.

—Ya ves, hermanita — decía a ésta cuando hubo regresado de nuevo a su casa y referido lo que le acababa de ocurrir—, cómo soy, efectivamente, el rigor de las desdichas, pues el infortunio no cesa de perseguirme y de enviarme desgracias, aun en los momentos en que más libre creo estar de ellas.



...apareció en la ventana del edificio la cabeza
de una joven bellísima... (Pág. 72.)

—Pero, el suceso de que te quejas, no es una desgracia, hermano — repuso doña Elvira, sonriéndose.

—Pues, ¿qué es entonces?

—Es... una porquería.

—Lo cierto es — agregó don Carlos — que desde que salí de Salamanca hasta después de haber llegado aquí, la mala suerte me ha acompañado siempre, por lo que puede asegurarse que no ha habido jamás un viaje tan infortunado como el mío.

—Efectivamente, ha sido poco venturoso.

Pero como, al fin, todo tiene término en la vida, también lo tuvo el infortunio de don Carlos, pues al día siguiente, cuando se preparaba para partir a rescatar a su buen padre del poder de los turcos, que lo tenían prisionero desde la batalla de Lepanto, presentóse el anciano a sus hijos, quienes lloraron de júbilo al estrecharlo entre sus brazos.

Don Fernando de Pantoja había logrado escaparse de la prisión, juntamente con otros compañeros, y, después de largas vicisitudes y fatigas, llegar a su casa solariega donde hasta hacía poco se le había creído muerto.

La única pena que afligió al anciano y a sus dos hijos fué el recuerdo de la virtuosa dama que, creyéndose viuda del caballero, había sucumbido meses atrás al dolor de su supuesta viudez.

Sin embargo, el amor leal y sincero de don Car-



...y, allí, sentados, le refirió la triste odisea de su vida. (Pág. 76.)

los y de doña Elvira sirvió de lenitivo al dolor del anciano, a quien los jóvenes se desvivían por complacer.

Cuando el dolor del anciano se calmó, ya todo fué felicidad y regocijo en el palacio suntuoso de los Pantojas.

El joven don Carlos casóse con una bellísima joven, tan rica como virtuosa, hija de un noble caballero amigo del anciano don Fernando.

Inmediatamente después de desposados el ex estudiante condujo a su amada a un camerino, y, allí, sentados, le refirió la triste odisea de su vida.

Al concluir don Carlos su narración, dijo la joven desposada :

—Esas desdichas, amado Carlos, que acabas de referirme, no son suficientes para que hayas creído ser, durante algún tiempo, un desgraciado.

—Sin embargo — replicó él—, pocos hombres habrá que en tan poco tiempo hayan sufrido más.

—Si hubieras pensado que Dios envía a veces las desgracias para fortalecernos en la virtud, te habrías consolado.

—Ya me he consolado, amiga mía, pues si bien es cierto que el viaje que hice desde Salamanca aquí estuvo erizado de peligros y sobresaltos, encontré a mi padre y... luego he encontrado una esposa que me ama. Hoy puedo decir que es un ser venturoso el que en otro tiempo fué *el rigor de las desdichas*.

Don Carlos y su esposa tuvieron varios hijos y fueron felices.

Y muy felices también fueron el anciano don Fernando, que se sintió renacer en sus nietos, y doña Elvira, que tampoco tardó mucho en contraer matrimonio.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|----------------------------------------|-----------------------------------------------|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de
Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del ro-
ble. |
| 9. Juegos y hazañas de ani-
males. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen
(tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen
(tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinson. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del blo-
queo. |
| 16. Mimes de niña. | 39. Una ciudad flotante (pri-
mera parte). |
| 17. El instinto de los ani-
males. | 40. Una ciudad flotante
(segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de anima-
les. | 43. Las Indias negras (1.ª parte). |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte). |
| 22. Un Charlot del mundo
animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doc-
tor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |